

Pis de perro...



Nací en este lugar y quizá, vaya uno a saberlo, no me muera para siempre en él. Pero de estas cosas, como de tantas otras, uno nunca, nunca sabe...

Me marché un día hasta más allá del horizonte, como persiguiendo a una vieja nostalgia, parecida, parecida a como es esta. Recuerdo que la niebla de aquella mañana, tornaba misteriosas a las casas y a las cosas. Las farolas encendidas parecían flotar en aquel misterio gris. El chirriar melódico de algunos pájaros alternaba los

silencios, cuando pasó ronroneando el colectivo repleto que recién se despertaba, quejándose desde el motor, de tanto peso. Los ladridos enojados de unos perros, le quitaban somnolencia a la mañana del adiós... Fue hace mucho y sin embargo, se parece demasiado a esta mañana.

Pero hoy, estoy de nuevo, estoy feliz de caminar en el regreso, por aquel verdadero paraíso, perdido, allá a lo lejos, en mi infancia. Infancia hecha paloma blanca del recuerdo y donde aun me veo agitando las ideas, como en aquel ladrillazo que estalló en la vidriera de la vieja verdulera - *¿Me habrá perdonado la Teresa, la dueña de lechugas, melones y tomates?*

Pasos en la niebla, pasos en vacío, pasos sin un beso y sin un beso, como en el ayer de los ayeres y como en el siempre hoy de los presentes. Pasos, pasos, pasos, haciendo retumbar a los jazmines y tiritar suavemente a los tilos, a los tilos vergonzosos. Pasos, en plena madrugada, donde las neblinas de todos los barriales tienen ese algo de mucho de misterio, de desconocido, que mientras nos va sucediendo, se va transformando a cada paso en un recuerdo. Pasos míos, retornando por las calles del siempre y del ahora de mi barrio. Ruido de pasos, que vuelven a sonarme tan felices como taconeaban en aquel entonces.

Aurora pasada de colores, repintada en los rojos melancólicos. Barrio que amanece y se desgarrá. Cielo y paisaje fundidos en un fino temblor, pintado en acuarelas, recorriendo estas calles, tapizadas en la nada pedregosa, como en una tela mágica repleta de palabras. Convivencia diaria con la desolación, en una vocación de niñez que ya pasó.

Más allá de la barrera y de los viejos rieles, más allá del tren que me llevó mientras a mi abuela se le humedecía el alma entre las tantas lágrimas, hoy estoy de nuevo en el camino del misterio, que ahora se me torna en más y más misterio, y que me lleva de regreso a no sé donde.

- *¡Levántate Juanchito! ¡Ande va a ser un día como el de hoy...! ¡No sea chambón en perdértelo...!* - fueron palabras sabias de mi abuela y vieja madre, hechas en el fuego y en

la miel, amargas y tan dulces como los caramelos del kiosco barato de la esquina.

Recuerdo del olor a jabón limpio, de la ropa fregada por sus manos de reumática y abuela. *¡Tan grande era mi casa cuando yo era tan chico...!* Zaguán largo y repleto de citas y de amores, de sexo de muchachas decentes y no tanto, vacío ahora de palabras, de palabras que se fueron. Zaguán que empezaba en mi querido dormitorio y terminaba más allá del viento, las zanjas y los álamos. Azotea en la que yo esperaba la invasión vaya a saber de quien, defendiéndola con caballeros medievales, entremezclados con miles de piratas, cowboys e indios emplumados, en una parábola tan melancólica y perfecta.

Pero no la encuentro, no la encuentro y no la encuentro. No encuentro a la vieja casa de mi eterna abuela, y pienso que me debo haber pasado... y vuelvo y revuelvo una cuadra y mucho más. Y luego vuelvo a subir... y luego vuelvo a bajar... y nada, nada, nada. No la encuentro, no la encuentro. Hasta que veo tan solo a unos pocos cimientos que se asoman perezosos de la tierra, y a mucho, mucho pasto, que crece en descontrol. Y nada más. Hay pasto y nada, donde estaba la casa de mi abuela.

- *Un incendio bravo, muy bravo... ella está en el cementerio ¿sabía? Que en paz descanse, la pobrecita... ¿Y usted quién era, el nieto?* - me dice un viejo vecino, que ahora que lo veo, esta más viejo que cuando ya era viejo, y eso - lo de viejo - ya lo era desde hace mucho tiempo.
- *Pero no se murió por la culpa del incendio...-* me aclara una vecina con cara de Teresa y voz de verdulera - *No señor. Recién endispues que se la llevó la ambulancia, se prendió el fuego todo.*

Me envuelven las tinieblas y me pesa la culpa, de haberme alejado durante tanto tiempo. Quisiera cerrar los ojos y decirme que nada es verdad de lo que veo. Que la casa sigue ahí, que lo que veo es tan solo un espejismo. Que enseguida entraré, empujando a la puerta de madera y haciéndolos chirriar a sus viejos goznes oxidados. Y que me retará mi abuela, porque no supo más de mí, desde hace tanto, tanto tiempo.

Y yo, antes de recostarme en mi cama y de decirle - *¡Pará un poco, abuela, que estoy demasiado cansado! ¡Primero, déjame llegar...!* - me encerraré en el baño y leeré los cuadrados pedazos de papel de diario, que ella siempre recorta con sus manos (el blanco rollo del papel higiénico, según ella es tan solo para los pitucones y maricas) Y luego de contemplar al recorte de ese diario, donde muestra al Presidente y a la Primera Dama, asistiendo a una función de gala en el Colon, procederé a limpiarme lo que tenga que limpiarme...

Protegido por lo poco de tinieblas que aun persiste, me acerco hasta el terreno que aun me muestra, la sombra de lo que fue mi casa... y en un gesto primitivo y ancestral, orino en él... Mientras lo estoy haciendo, un enorme perro vagabundo me ladra a la distancia, como temiendo que esté yo, demarcando mi nuevo y privado territorio.

Nada queda por hacer, más que marcharme. Y a la mitad del chorro, un grito de alegría, sale catapultado desde lo más profundo de mí desolada alma: - *¡¡¡La vieja era una sabia...!!! ¡¡¡La vieja era una sabia...!!!* - me desgañito hasta quedarme afónico, y un gorrión que picoteaba, alzó asustado un veloz vuelo hasta mucho más allá de la neblina.

Mientras termino de orinar, lo entiendo todo. Ahora queda claro, esta todo clarísimo.

Arranco con mis manos unos yuyos, me encuentro con ladrillos de revoque pegoteado. Con una lata les saco el reborde de cemento chamuscado y al poco tiempo tengo rescatados unos veinte o treinta más. Arranco más y más yuyos, más y más yuyos, aparto maderas calcinadas y me encuentro con varias botellas de la Ferro Quina Bisleri, la misma que tomaba mi abuela por la anemia (el médico le había enseñado que para aumentar la cantidad de hierro, le metiese a disolver un clavo grande). Estudio los cimientos y compruebo, que siguen tan intactos como siempre. Perfectos, tan perfectos como cuando mi abuelo los fundó. Sobre ellos, se puede construir y voy a hacerlo.

Vieja sabia. Era una vieja mucho más que sabia. La única forma que tenía de impedir que los "okupas" infaltables se apoderaran de su casa, era incendiándola. Me dejó el terreno y los cimientos, pues ella sabía bien que yo algún día, iba a retornar por los caminos del ayer...

Un perro vagabundo se me acerca a orinar en mi terreno, pero me ve y no se atreve a hacerlo. Sigue de largo, porque la casa, la casa volvió a tener su dueño...

Fin
Fin